

pretexto especioso, dispuso que acudiera á Porto Ferrajo el batallón corso acantonado en la isla, y estando allí, mandó que les hicieran trajes para renovar por completo su equipo; pero dejó en los pastos de Pianosa los caballos de los lanceros polacos, cuyo cambio de residencia no hubiera podido motivárselo bastante, y cuyo transporte hubiera sido difícil. Reuniendo los hombres que podían ser útiles, formó un número de cerca de mil y ciento, entre los cuales ochocientos hombres pertenecían á la guardia y los trescientos restantes eran corsos, piamonteses ó toscanos, residuos del 35.º de ligeros, que había hallado en la isla á su llegada. Ninguno de estos hombres sospechaba la empresa proyectada, y lo más que podían suponer es que se les iba á pasar revista, porque los trabajos continuaban como de ordinario. Además, una circunstancia favorecía el proyecto de evasión. Los ingleses habían encomendado la misión de vigilar la isla de Elba al coronel Campbell, uno de los comisarios que acompañaron á Napoleón desde Fontainebleau hasta Porto-Ferrajo, y con el fin de disimular mejor el carácter de este agente, le encargaron de una misión cerca de la corte de Toscana. El coronel Campbell iba y venía de Florencia á Liorna, de Liorna á Porto-Ferrajo, y era un verdadero espía sin parecerlo. Cuando Napoleón se decidió á realizar su proyecto, había salido de Porto-Ferrajo con dirección á Liorna. El ojo de la política inglesa se hallaba, pues, cerrado, y no la quedaban más que sus cruceros, fáciles de engañar ó de evitar. Para asegurar mejor el secreto de sus preparativos, mandó Napoleón dos días antes de embarcarse que se hiciese el embargo á todos los buques llegados á la isla de Elba, y no permitió desde entonces la comunicación con el mar. Mandó á su ayudante de órdenes Vantini que se apoderase de uno de los grandes navíos que había en el puerto, y con él, con el *Inconstante* de 26 cañones, con la goleta la *Carolina*, la falúa la *Etoile*, el aviso la *Mouche*, y otras dos embarcaciones más, fletadas en Río, se proporcionó el medio de embarcar á sus mil y cien hombres, con cuatro piezas de artillería de montaña.

Por último, después de haber meditado muy bien su resolución y su plan, después de haberse convencido de que no podía acabar sus días en aquella isla vecina de la Francia sin tardar en verse expuesto, por falta de recursos para sostener á sus soldados, á ser la víctima de los más vulgares asesinos, sin que las potencias europeas se apresurasen á deportarle; después de comprender que en el estado en que se hallaba la Francia, acaso otros intentarían lo que se proponía llevar á cabo sin tener las mismas probabilidades que él para alcanzar el triunfo, puesto que sólo su presencia bastaría para excitar en su favor al ejército y para poner en fuga á los Borbones; que los soberanos en víspera de separarse, como lo atestiguaban todas las noticias recibidas, no podrían reunirse de nuevo sin dificultad, y no querían volver á tomar las armas por los Borbones, viéndoles tan frágiles, y hallándole á él pacífico (porque se proponía sostener la paz); comprendiendo que todo le favorecía para restablecer de pronto como una vara mágica el trono imperial, y que necesitaba aprovechar las noches muy largas todavía; comprendiendo, por última vez, repetimos, todo esto, eligió el día 26 de febrero para dar principio á su fabulosa expedición.

Antes de partir, envió un mensaje á Nápoles, en uno de los dos avisos que le servían para estar en comunicación con las costas de Italia. Al participar á Murat su embarque con dirección á Francia, Napoleón le encargaba que enviase un correo á Viena á fin de anunciar á la corte de Austria que muy en breve llegaría á París, pero con la firme resolución de mantener la paz y de encerrarse en los límites del tratado de París del 30 de mayo de 1814. Además le indicaba la conducta que debía observar en su calidad de rey de Nápoles. Le recomendaba expresamente que tuviese preparadas sus tropas; que las reconcentrase en las Marcas, donde se hallaban reunidas en parte, pero que no tomase la iniciativa en las hostilidades; que esperase con paciencia los sucesos de París y de Viena antes de operar ningún movimiento, y que si se veía absolutamente obligado á combatir, que retrocediese más bien que avanzar hasta un sitio en donde pudiera arriesgar el éxito de la lucha, asegurándole que cuanto más cerca de Nápoles trabase la batalla, tanto más fuertes serían sus tropas como débiles las austriacas.

El 26 dijo Napoleón á sus soldados que continuasen hasta las doce del día los trabajos á que se hallaban dedicados. Por la tarde los convocó súbitamente, les hizo comer, y les reunió en el puerto con armas y bagajes, diciéndoles que subiesen á bordo de las embarcaciones preparadas. Aunque no les confiase que iban á Francia, ninguno de ellos dudó que éste fuera el proyecto de su jefe, y todos se entregaron á los transportes de una alegría indescriptible. Salir de su fatigosa quietud, cambiar de residencia, ponerse en movimiento, volver á ver la Francia, empezar á caminar de nuevo por la senda del poder y de la gloria, eran otras tantas perspectivas que les entusiasaban; y llenaron la rada de Porto-Ferrajo con los gritos de *¡Viva el emperador!* Sólo los habitantes se hallaban entristecidos de su partida, porque les parecía que la fortuna de su isla se alejaba con Napoleón; y rodeaban silenciosos y apesadumbrados á la bulliciosa multitud de soldados próximos á embarcarse. Muchos de ellos, unidos por lazos de cariño con nuestros oficiales y soldados, se despedían de sus amigos con gran pena, deseándoles un resultado feliz, y consolándose con la esperanza de que si, como creían, la estrella de Napoleón volvía á aparecer radiante y esplendorosa en el cielo, prestaría algunos de sus rayos á la isla. Napoleón no tardó en presentarse, acompañado de Bertrand, de Drouot, de Cambonne y de todos los miembros de su estado mayor que le habían seguido á su destierro. Acababa de comer con su madre y su hermana, y después de estrecharlas en sus brazos muchos veces procurando en vano enjugar las lágrimas que vertían sus ojos, y recordándolas el milagro que, en medio de los fuegos de la Europa, había protegido su vida durante veinte años, se separó de ellas con el corazón conmovido pero resuelto, y descendió á la playa con la frente radiante de esperanza. Su presencia renovó los gritos de entusiasmo, y poco después se halló á bordo de las siete embarcaciones que debían transportarle el ejército de mil y cien hombres que se dirigían á conquistar el imperio de Francia á la faz de la Europa.

Cerca de trescientos hombres se embarcaron con el estado mayor en el bergantín *Inconstante*; el resto fué distribuido en la goleta la *Carolina* y en los otros cinco

buques que constituían la flotilla. A las siete de la tarde, á presencia de la multitud que se hallaba en el muelle, y de la madre y la hermana de Napoleón asomadas á los balcones del palacio, se puso en marcha la flotilla imperial, dirigiéndose hacia el cabo de San Andrés. Al tomar esta dirección, se proponía separarse de la isla de Elba, elevándose al Norte entre la isla de Capraia y la costa de Italia, lo más lejos posible de los parajes frecuentados por los cruceros. El viento soplabá del Sur; la fortuna parecía querer favorecer aquella audaz empresa y proteger una vez más al hombre extraordinario á quien tantas veces había conducido más allá de los Alpes, llevado á Egipto, devuelto sano y salvo á la Francia, secundado en todas sus empresas, desde los bordes del Tajo hasta los del Borstenes, y abandonado solamente en Moscú. ¿Pensaba concederle todavía uno de los favores con que había llenado su existencia? En esto consistía la duda, duda que no lo era para Napoleón ni para sus soldados; tal era la confianza que tenían.

Las alternativas que se originan aun en las más brillantes empresas no tardaron en comenzar. El afortunado viento Sur disminuyó sensiblemente, y al dar vista al cabo de San Andrés la flotilla quedó inmóvil. Apenas pudieron adelantar algún tanto al Norte, hacia la isla de Capraia, y el 27 por la mañana no habían ganado más que siete ú ocho leguas. Se hallaban, pues, en las mismas aguas de los cruceros ingleses y franceses, expuestos á encontrarlos. El peligro era inmenso. El capitán de fragata Chautard, que había ido á la isla de Elba á reunirse con Napoleón; el capitán Taillade, que mandaba el bergantín *Inconstante*, y algunos otros marinos opinaron que debían volverse á Porto-Ferrajo, y esperar á bordo un tiempo favorable. Esto era evitar un peligro para caer en otro, porque á pesar del embargo impuesto en Porto-Ferrajo á todos los buques, podía darse aviso de su salida á los ingleses, y en este caso se verían cerrados en Porto Ferrajo por la súbita aparición de las fuerzas británicas, sorprendidos en flagrante delito de atentar contra la paz general, y obligado Napoleón á permanecer en una isla, no como soberano sino como prisionero. Era mucho mejor tener perseverancia, permanecer al paio hasta que soprase de nuevo el deseado viento Sur. Napoleón, que tenía una gran experiencia de lo que son los azares del mundo, sabía que para realizar cualquier empresa, es necesario mirar con sangre fría los diversos aspectos que los acontecimientos la hacen tomar y esperar con paciencia la reaparición de las circunstancias favorables. Después de todo, el mayor peligro que podían correr era el encontrar la flotilla guarda-costas francesa, compuesta de dos fragatas y de un bergantín; pero sabiendo como sabían el espíritu que animaba á las tripulaciones, era muy posible apoderarse de las embarcaciones enemigas sin disparar un tiro siquiera, saltando á ellas al abordaje con las águilas y los tres colores. Esperaron, pues, con la resolución de salir del apuro con un rasgo de audacia si, por acaso, los descubrían los cruceros franceses.

Al mediodía refrescó el viento, y llegaron á la altura de Liorna. A la derecha, en dirección á la costa de Génova, se veía una fragata y otra á la izquierda en alta mar: á lo lejos un navío de línea impulsado por un viento favorable parecía dirigirse á toda vela sobre la

flotilla. Estos eran los peligros que necesitaba desafiar, confiando á la fortuna su salvación. Continuaron navegando, y cuando menos lo esperaban se hallaron atracados al bergantín de guerra francés el *Zéphire*, mandado por el teniente de navío Andrieux, excelente oficial á quien la marina de la isla de Elba encontraba con bastante frecuencia. Hubieran podido intentar apoderarse de aquel bergantín, pero Napoleón no quiso exponerse sin necesidad á los resultados de semejante tentativa. Dispuso que los granaderos se echasen sobre el puente y ordenó al capitán Taillade, que conocía al comandante Andrieux, parlamentar con él. El capitán Taillade, cogiendo su bocina, saludó al comandante Andrieux y le preguntó adónde se dirigía. «A Liorna, respondió éste, y vos ¿adónde vais?—A Génova, repuso el capitán Taillade, ofreciéndole encargarse de las comisiones que quisiera confiarle el *Zéphire*, lo que el comandante Andrieux no aceptó, porque, según le dijo, no tenía ninguna comisión para aquel puerto. «¿Y cómo se encuentra el emperador?, preguntó el oficial de la marina real.—Muy bien, respondió el capitán Taillade.—Me alegro mucho,» añadió el comandante Andrieux, y continuó su camino sin sospechar el encuentro que acababa de hacer y la inmensidad de cosas que había dejado pasar sin apercibirse de ellas.

Por la noche perdieron de vista las embarcaciones de guerra que les habían inquietado algunas horas antes y dirigieron la proa hacia la Francia. Emplearon todo el día 28 en atravesar el golfo de Génova, sin encontrar más que un navío de 74, que al pronto tomaron por un crucero enemigo, pero que pasó sin cuidarse de la flotilla; y el 1.º de marzo por la mañana, día eternamente memorable, aunque funesto para la Francia y para Napoleón, descubrieron la costa con una satisfacción indecible. Al mediodía divisaron á Antibes y las islas de Santa Margarita; á las tres de la tarde fondearon en el golfo Juan, y habiendo vencido del modo más dichoso las primeras dificultades de su empresa, Napoleón pudo creer que le sonreía de nuevo su antigua fortuna, y sus soldados, que lo creían como él, hicieron resonar en el aire sus gritos de *¡Viva el emperador!*

A una señal convenida, y al estruendo del cañón, enarbolaron todas las embarcaciones la bandera tricolor, cada soldado se puso una escarapela de tres colores y se botaron las chalupas al mar para llevar á cabo el desembarco. Napoleón ordenó al capitán de infantería Lamouret que fuese con veinticinco hombres á apoderarse de una batería de costa, situada en medio del golfo; y el capitán se dirigió á ella en chalupa y no encontró más que aduaneros contentos al saber la llegada de Napoleón, y deseosos de ponerse á sus órdenes. Saltaron en tierra con una alegría fácil de comprender, y mientras que las chalupas iban desde los buques á la costa y viceversa, el capitán Lamouret proyectó dirigirse á Antibes para apoderarse de la plaza, procurándose con esto un punto de apoyo de muchísima importancia.

Este temerario oficial se presentó, en efecto, delante de Antibes, llegó al cuerpo de guardia que custodiaba la puerta y fué muy bien recibido. El general Corsín, comandante de Antibes, se hallaba en aquellos momentos visitando las islas Margaritas, y le reemplazaba el coronel Cuneo de Ornano. Al saber éste de lo que se trataba, deseando cumplir sus deberes militares, dejó

entrar á los veinticinco granaderos, y acto continuo mandó levar el puente, haciéndolos de este modo prisioneros. Pero ellos trabaron conversación con los soldados del 87.º de guarnición en Antibes, y los conmovieron de tal modo que, gritando *Viva el emperador!*, quisieron á toda costa entregar la plaza á Napoleón. El coronel de Ornano logró apaciguarlos, y entretanto desarmó á los veinticinco granaderos, prometiendo devolverles las armas cuando los sucesos lo permitieran.

Napoleón perdía, pues, estos veinticinco hombres demasiado confiados, y hubiera podido considerarse este principio como un malísimo augurio, si no se hubiese visto al mismo tiempo á una multitud de soldados del 87.º bajar por las murallas y correr hacia Cannas á reunirse, según decían, con el emperador.

A las cinco había terminado el desembarco, y los mil y cien hombres de Napoleón con cuatro piezas de artillería y sus bagajes se encontraban en tierra, y habían establecido su campamento en un espacioso terreno poblado de olivares en el camino de Antibes á Cannas. Los habitantes del país, al ver aquellas embarcaciones llenas de gente que disparaban cañonazos, creyeron al pronto que eran berberiscos que se apoderaban de los pescadores, y se atemorizaron; pero no tardando en hallarse mejor informados, acudieron á verlos llenos de curiosidad, sin pronunciarse en uno ó en otro sentido, porque las poblaciones del litoral no eran, por regla general, muy favorables al imperio, que les había costado quince años de guerra marítima.

Napoleón envió á Cambronne al frente de una vanguardia á Cannas para que encargase víveres y comprase caballos; y sabiendo que, para ganarse la voluntad de las gentes es preciso empezar por no perjudicar sus intereses, hizo que todo se pagase en dinero contante. De este modo, pues, los víveres fueron dispuestos y compradas algunas mulas y caballos. A pesar de la orden de no dejar salir á nadie de Cannas, sobre todo por el camino que conducía á Tolón, un oficial de gendarmes á quien Cambronne había propuesto la venta de sus caballos, fingiendo querer cedérselos, se escapó á galope para ir á Draguignán á dar parte al prefecto de Var del gran acontecimiento que había ocurrido. Afortunadamente para Napoleón, este oficial, habiendo notado que la artillería que se había desembarcado estaba colocada en el camino de Tolón, se fió de las apariencias y divulgó la noticia de que la expedición se dirigía hacia la Provenza, es decir, hacia Tolón y Marsella.

La noticia no era cierta, como va á verse. En el mismo campamento donde se habían establecido las tropas, ofrecieron á Napoleón una silla y una mesa, y en esta última desarrolló sus mapas. Dos caminos podía seguir: uno de fácil acceso, el de la baja Provenza, que abría paso á Tolón y á Marsella; el otro el del Delfinado, erizado de montañas escarpadas, cubierto entonces de nieve y de hielo, y cortado por horribles desfiladeros, desde los cuales podían cincuenta hombres de terminados contener á un ejército. Este último, trazado en medio de los Alpes franceses, tenía algunos parajes por los que no podían transitar carros, de modo que si le prefería necesitaba comenzar por deshacerse de la artillería. A pesar de estas dificultades, terribles á primera vista, Napoleón no dudó en escogerle, y con esta

elección aseguró en el momento de hacerla el triunfo de su aventurada empresa.

Los obstáculos físicos que ofrecía el camino de los Alpes consistían en sus senderos escarpados ó cubiertos de hielo, en sus desfiladeros, que tenían que forzarse ó rodearse; y estos obstáculos podían ser vencidos con paciencia, con tesón, con audacia. Napoleón llevaba en su compañía mil y cien hombres capaces de todo, y muy bastantes para triunfar de la resistencia que pudiera encontrar en aquellas comarcas, donde sólo podían hallar escasas guarniciones, mandadas cuando más por un capitán ó un comandante. En cambio, los obstáculos morales que le esperaban en el camino del litoral eran mucho más invencibles. Recorriendo el camino que pasa por Tolón, Marsella, Aviñón, Valenza, debía encontrar poblaciones violentas, animadas de un realismo furioso y capaces de contener el entusiasmo que su presencia inspirase á las tropas. Además, iba á hallar en su marcha autoridades de un orden superior, almirantes en Tolón, un mariscal de Francia en Marsella (entonces mandaba Massena en esta ciudad), y los militares de mayor graduación eran los más peligrosos para la empresa que se proponía llevar á cabo. En el ejército, los soldados, casi todos antiguos en el servicio, y de regreso de las prisiones ó de las guarniciones extranjeras, tenían por Napoleón un verdadero fanatismo. Los oficiales participaban de esta disposición, pero con más reserva, comprometidos como estaban por el juramento que habían prestado y por el sentimiento de su deber. Los generales, los mariscales sobre todo, más contenidos todavía por estas mismas consideraciones, y por otra parte, mirando como un peligro el restablecimiento del imperio y temiendo á su vez comprometerse, debían ceder con más dificultad que los oficiales al impulso de las tropas. Había, pues, menos probabilidades de ganar á un mariscal, al frente de ocho ó diez mil hombres, que á un coronel ó á un capitán al frente de algunos centenares de soldados.

Por todas estas razones, era preciso evitar á las autoridades superiores, civiles ó militares, y preferir los caminos más malos con tal de no hallar en ellos más que oficiales de inferior graduación. Siguiendo el camino del Delfinado, Napoleón no tenía que habérselas, como acabamos de decir, más que con guarniciones débilmente mandadas, y con paisanos que no querían ni á los nobles ni á los curas, y que casi todos eran poseedores de bienes nacionales. La ciudad más grande que tendrían que atravesar, andando por las montañas, era Grenoble, y Napoleón sabía que los grenobleses, animados de un espíritu militar como todas las poblaciones de la frontera, y fieles á las tradiciones liberales desde la famosa asamblea de Vizille, eran completamente adversarios de los Borbones. Había en su guardia un cirujano nacido en el Delfinado, el doctor Emery, quien había sostenido relaciones secretas con su villa natal, y respondía á Napoleón de sus compatriotas. Napoleón escogió, pues, el camino de las montañas, dejando á su izquierda la hermosa ruta del litoral y el realismo marsellés; y en aquella ocasión demostró una vez más el superior golpe de vista que le había proporcionado tantas veces los mayores triunfos militares, y que debía proporcionarle esta vez el mayor triunfo político que jamás ha obtenido el jefe de un imperio ó de

un partido. En consecuencia de su resolución, tomó las disposiciones oportunas.

Desde luego se decidió á abandonar su artillería, de la que no tenía gran necesidad, porque la idea de un combate á cañonazos no entraba apenas en sus deseos. Los mil y cien hombres que llevaba eran bastantes para librarle de los gendarmes, ó de la resistencia de un jefe de batallón, y en cuanto á las demás resistencias que pudieran surgir, contaba para desvanecerlas con el efecto que su presencia causaría. O bien á la vista de su *redingote* y de su sombrero tan famoso caería á sus pies el primer destacamento que se enviase á su encuentro, y sucesivamente todo el ejército, ó bien expiraría en el camino real, como los más infames malhechores: esta era la cuestión, que de ninguna manera podía resolverse á cañonazos. Renunciando, pues, á su artillería, que no podía seguirle, mandó cargar las mulas con su pequeño tesoro, resto del dinero que había llevado á la isla de Elba, y que ascendía á un millón setecientos ó un millón ochocientos mil francos. Lo que faltaba había sido gastado en la isla de Elba ó dejado á su madre. Resolvió salir de Cannas á media noche. Al mismo tiempo envió á Grasse órdenes para que preparasen víveres, y procuró divulgar dos proclamas, de las que sus oficiales habían hecho numerosas copias á bordo del bergantín el *Inconstante*, y que se hallaban destinadas, una al pueblo francés, otra al ejército. Estas proclamas contenían lo que sigue, textualmente ó en substancia:

«FRANCESES, decía en la primera: Las victorias de Champaubert, de Montmirail, de Chateau-Thierry, de Vauchamp, de Mormans, de Montereau, de Craonne, de Reims, de Arcis-sur-Aube, de Saint Dizier; la insurrección de los valientes paisanos de la Lorena, de la Champaña, de la Alsacia, del Franco Condado, de la Borgoña; la ventajosa situación que tomé contra las retaguardias del ejército enemigo, separándolas de sus depósitos, de sus municiones de guerra y de sus bagajes, le colocaron en una situación desesperada. Nunca habían sido los franceses más poderosos que entonces, y lo más escogido de las tropas coligadas hubiera encontrado su tumba en las vastas comarcas que habían saqueado, si la traición del duque de Ragusa no hubiera entregado la capital y desorganizado el ejército. Al mismo tiempo, la defección del duque de Castiglione, á quien había confiado las fuerzas suficientes para combatir á los austriacos, y que persiguiendo al enemigo, hubiera podido completar nuestro triunfo, acabó nuestra ruina. La conducta inesperada de estos generales, que vendieron á su patria, á su príncipe y á su bienhechor, cambió el destino de la guerra. En estas tristes circunstancias, sentí destrozado mi corazón, pero mi alma continuó inalterable. No consulté más que el interés de la patria, me desterré á una roca en medio de los mares, y conservé una existencia que aún podía seros útil...»

Después de explicar de este modo sus desgracias, Napoleón procuraba caracterizar el espíritu de la emigración, que se fundaba, según decía, en el poder extranjero y deseaba restablecer los abusos del régimen feudal. Después añadía:

«Franceses: en mi destierro he oído vuestras quejas y vuestros votos; he atravesado los mares amenazado por toda clase de peligros, y he llegado á vuestro lado para

recuperar mis derechos, que son los vuestros. Yo ignoraré siempre todo lo que se ha hecho, escrito ó dicho desde la toma de París, y no conservaré en mi memoria más que el recuerdo de los importantes servicios prestados á la nación, porque hay acontecimientos de tal naturaleza que se hallan fuera de los límites de la organización humana... Franceses: no existe una nación por pequeña que sea, que no haya tenido el derecho, que no haya intentado librarse del deshonor de obedecer á un príncipe impuesto por un enemigo momentáneamente victorioso. Cuando Carlos VII volvió á París y derrumbó el efímero trono de Enrique VI, reconoció haber debido su triunfo á la valentía de sus soldados, no al príncipe regente de Inglaterra. Del mismo modo sólo á vosotros y á los valientes de mi ejército es á quienes he debido y deberé todo cuanto consiga, honrándome sobremanera y teniendo á gloria reconocerlo así.»

Napoleón decía al ejército:

«¡SOLDADOS!

»No hemos sido vencidos: dos hombres que han salido de nuestras filas, nos han hecho traición y han vendido á su patria, á su príncipe y á su bienhechor.

»¿Pretenderán los que hemos visto durante veinticinco años recorrer la Europa para buscarnos enemigos, los que han pasado la vida combatiendo contra nosotros en las filas de los ejércitos extranjeros y maldiciendo á nuestra hermosa Francia; pretenderán dominar y encadenar á nuestras águilas, ellos que no han podido jamás sufrir el resplandor de sus miradas? ¿Sufriremos nosotros que heredem el fruto de nuestros trabajos, que se apoderen de nuestros honores, de nuestros bienes, y que calumnien nuestra gloria? Si su reinado dura, todo lo perderemos, hasta el recuerdo de nuestras más memorables jornadas.

»Vuestro general, llamado al trono por la elección del pueblo, y elevado sobre vuestros pavese, vuelve á vuestro lado: venid á reunirnos con él.

»Arrancad esos colores que la nación ha proscrito, y que durante veinticinco años han servido para coligar á todos los enemigos de la Francia. Enarbolad la escarapela tricolor, que todos ostentabais en nuestros días gloriosos. Debemos olvidar que hemos sido dueños de las naciones, pero no podemos sufrir que ninguna se mezcle en nuestros asuntos. ¿Quién se atreverá llamarse nuestro dueño? ¿Quién contará con el poder bastante para serlo? Coged de nuevo las águilas que teníais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Eylau, en Wagram, en Friedland, en Tudela, en Eckmühl, en Essling, en Smolensko, en la Moskova, en Lutzen, en Wurtchen, en Montmirail... Venid á reunirnos bajo las banderas de vuestro jefe: su existencia es la vuestra; sus derechos son los vuestros y los del pueblo; su interés, su honor, su gloria, es vuestro interés, vuestro honor, vuestra gloria. La victoria marchará á paso de carga. *El águila con los colores nacionales volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora.* Entonces podréis enseñar con honor vuestras cicatrices, entonces podréis vanagloriaros de lo que habéis hecho: seréis los libertadores de la patria.»

Así, pues, con estas proclamas ardientes, impregnadas del espíritu de la época, pero tocando con suma

habilidad todos los puntos esenciales, Napoleón, sin cuidarse de ser justo, entregaba á los furios de los soldados á Marmont y á Augereau, los que conocía eran odiosos al ejército. A los derechos de los Borbones oponía el derecho popular, y conmovía de este modo á las masas, hiriéndolas en su fibra más sensible. Prometía el olvido, y achacando ciertas debilidades al inmenso poder de las revoluciones, excitaba á los soldados á que ostentaran de nuevo la escarapela tricolor que tenían oculta en sus mochilas, les recordaba su imperecedera gloria marchita por el desafortunado odio de los emigrados, y con una frase inspirada que llegó á ser popular anunciaba la victoria á sus partidarios. Estas proclamas no eran el menos profundo ni debían ser el menos eficaz de sus cálculos.

Antes de ponerse en marcha, dispuso la vuelta de su afortunada flotilla á la isla para que anunciase á su madre y á su hermana el buen éxito de la primera mitad de su empresa, y ordenó al bergantín el *Inconstante* que las transportase á Nápoles, á fin de que pudiesen esperar allí con más seguridad el resultado de la crisis.

Al anochecer pasó cerca de Cannas, y fué conducido al vivaque de Napoleón, en cumplimiento de la orden que había dado para que fuesen detenidos todos los carruajes, el príncipe de Mónaco, que como tantos otros hombres, después de haber vivido á la sombra del imperio, le había abandonado por la restauración. Inmediatamente le dejó en libertad, le acogió con alegría y le preguntó adónde iba. «Vuelvo á mi casa,» le respondió el príncipe. «Y yo también,» le dijo Napoleón. Después se separó del pequeño soberano de Mónaco, deseándole buen viaje.

A media noche partió para Grasse siguiendo á Cambronne, que se había adelantado con un destacamento de cien hombres. En el centro se hallaba el batallón de la antigua guardia escoltando el tesoro y las municiones; después iba el batallón corso, formando la retaguardia.

El camino de las montañas empezaba á la salida de Cannas, y necesitaba subir durante ochenta leguas para llegar á Grenoble. El 2, al amanecer, llegaron á Grasse. Las pocas horas que habían pasado en las cercanías de Cannas habían sido empleadas en preparar raciones, en buscar caballos y sobre todo en imprimir las dos proclamas.

Desde aquel momento, se decidió Napoleón á no perder ni una hora, á fin de llegar á Grenoble antes que todas las órdenes expedidas de París. Almorzó de pie, rodeado de su estado mayor, cerca de la ciudad de Grasse, á vista de la población curiosa, pero indecisa, y sin manifestarle el entusiasmo que esperaba no tardar en despertar.

A las ocho de la mañana se puso en camino siempre precedido de su vanguardia, y empleó muchas horas en subir por un sendero cubierto de hielo la cadena elevada que separa las orillas del mar del valle del Durance. La mayor parte del camino se anduvo á pie. Los hombres que habían podido procurarse caballos caminaban al lado de sus monturas, los otros los seguían, llevando su equipo sobre los hombros. El frío era riguroso, y Napoleón se vió muchas veces obligado á apearse del caballo para calentarse andando, ejercicio á que

estaba muy poco acostumbrado. Más de una vez tropezó en la nieve, y se detuvo para descansar un momento en una especie de cabaña ocupada por una mujer anciana y algunas vacas. Mientras que reanimaba sus fuerzas al calor de una hoguera de malezas, se dirigió á aquella pobre aldeana, que no sabía los huéspedes que había recibido bajo su techo de bálago, y la preguntó si tenía noticias de París. La buena mujer se mostró asombrada de una pregunta á la que no estaba acostumbrada, y como era natural, respondió que nada sabía. «¿No sabéis, pues, lo que hace el rey?, repuso Napoleón.—¡El rey!, exclamó la anciana con mayor asombro todavía, ¡el rey!... El emperador querréis decir...; ese está siempre *allá abajo*.» Esta habitante de los Alpes ignoraba, pues, que Napoleón había sido precipitado del trono y reemplazado por Luis XVIII. Los testigos de esta escena se quedaron estupefactos al ver aquella extraordinaria ignorancia. Napoleón, que no era el que menos se había sorprendido, miró á Drouot y le dijo: «Y bien, Drouot, ¿de qué nos sirve trastornar al mundo para llenarle con nuestro nombre?» El emperador salió de la cabaña pensativo y comprendiendo la vanidad de la gloria. Volvieron á ponerse en marcha y al anochecer llegaron á Seranón, pequeño lugarejo compuesto de algunos cortijos. Los soldados durmieron en las granjas. Napoleón encontró una cama regular en la casa de campo de un habitante de Grasse. En aquel primer día había recorrido un espacio de quince leguas, sin haber tenido que vencer otro obstáculo que el del hielo y las rocas. Los hombres se hallaban sumamente fatigados, pero los sostenía el entusiasmo de su empresa, y estaban dispuestos á realizar la profecía del águila *volando de campanario en campanario*.

El 3 de marzo salieron muy de mañana, encontraron de nuevo caminos montañosos y cubiertos de nieve, y al anochecer, después de haber andado una distancia igual, sobre poco más ó menos, á la del día anterior, durmieron en Barreme, en el mismo valle del Durance, pero á diez leguas de sus orillas.

El 4, á pesar de su creciente fatiga, comenzaron la marcha muy temprano también, hicieron un alto en Digne para almorzar, y llegaron hasta Malijay. Se hallaban casi al borde del Durance, y necesitaban remontarle por Sisterón y Gap para dirigirse en seguida por una garganta estrecha al valle del Isere. Allí debían encontrar uno de los obstáculos más temibles. En Sisterón pasaba el camino de la izquierda á la orilla derecha del Durance, y había que atravesar un puente que el fuego de la plaza hubiera hecho inaccesible si hubiera estado defendida. Un oficial fiel á los Borbones podía detener á la columna expedicionaria con sólo cerrar las puertas de aquella mezquina fortaleza. En este caso hubieran necesitado descender al lado del Durance para pasarle más abajo, perdiendo horas preciosas, y dejando de este modo á los comandantes de los alrededores el tiempo de darse á conocer y á la fogosa población marselesa el tiempo de precipitarse sobre las huellas de Napoleón.

El peligro era, pues, inmenso; pero confiando siempre en su ascendiente, Napoleón se dirigió sin titubear hacia Sisterón.

No se equivocó: en su turbación, en vez de acumular sus adversarios dificultades á su tránsito, las hicieron desaparecer. Con efecto, en vista de las indicaciones del

oficial de gendarmería de quien hicimos mención, el prefecto del Var, creyendo que Napoleón se dirigía hacia Tolón y Marsella, había reunido en la selva del Esterel, es decir, en el camino del litoral, los guardias nacionales y tropas que había podido juntar, los primeros demasiado celosos, y las segundas, por el contrario, animadas de sentimientos equívocos. Tomadas estas precauciones el día 2, envió al mariscal Massena á Marsella un despacho que no podía llegar hasta el día 3, y otro á Grenoble, que seguramente no llegaría hasta el 4. Al mismo tiempo, procuró informar de lo que sucedía á todos los comandantes de las pequeñas plazas de los Alpes, sin darles instrucciones, que por otra parte, á pesar de su celo, no le hubiera sido posible dictar. En este estado de cosas, cada comandante, poseído de una especie de sobrecogimiento al saber la terrible noticia, no pensó más que en retirarse detrás de sus murallas, sin atreverse á salir de ellas para impedir el paso á Napoleón. El general Loberdo, que mandaba en el departamento de los Bajos Alpes, replegó las pocas tropas de que disponía hacia el Bajo Durance y Aix; por su parte, los comandantes de Embrún y de Mont-Dauphin, apresurándose á encerrarse en las plazas confiadas á su honor, habían reunido todos sus destacamentos en el alto Durance, y de esta suerte Sisterón, situado en medio de uno y otro, se hallaba sin defensa. Esta especie de movimiento de contracción, natural en las gentes sorprendidas y asustadas, abrió el camino á Napoleón, sin que le ayudase para nada la traición. Sólo su nombre había producido aquellas resoluciones irreflexivas, que tantas ventajas iban á proporcionarle.

Cambronne se presentó delante de Sisterón al frente de cien hombres, penetró en él sin dificultad el día 5, y Napoleón llegó en seguida parándose á almorzar, después de haber visto desaparecer como por encanto uno de los mayores obstáculos que creía encontrar en su marcha. Desde allí comenzó á notar el espíritu de los montañeses del Delfinado, montañeses valientes, sensibles á la gloria de las armas, odiando al extranjero, detestando á lo que se llamaba los nobles y los curas, alarmados con las predicaciones del clero por los bienes nacionales y el diezmo; y por todos estos motivos, amigos entusiastas de Napoleón. Los veía descender en masa de las montañas, gritando *¡Viva el emperador!*, ofrecer víveres, caballos, todo cuanto se les pedía con el mayor celo, y dar voluntarios gratis y más todavía por el dinero.

A pesar de la excelente acogida que le habían dispensado en Sisterón, Napoleón no quiso detenerse allí, y fué á dormir á Gap con el fin de apoderarse de los desfiladeros que conducían desde el valle del Durance al del Isere. Su tropa estaba extenuada de cansancio, porque la hacían andar diez ó doce leguas al día cuando no eran quince, y muchos hombres se quedaban atrás. Pero los campesinos los recogían, los llevaban en sus carros, y bastaban algunas horas de reposo para que los alcanzaran los rezagados. Al llegar el día 5 por la tarde á Gap, habían andado cerca de cincuenta leguas en cuatro días por terribles caminos montañosos, marcha de ejército prodigiosa, que debía ser más sorprendente aún en los siguientes días.

Napoleón fué muy bien recibido en Gap, pero allí supo noticias que no le permitían detenerse. Había en-

viado un emisario para sondear á la guarnición de Embrún, y este emisario le dijo que los soldados estaban prontos á tomar la escarapela tricolor á la primera señal, pero que el sentimiento del deber retenía á los oficiales, y lejos de querer éstos entregar la plaza trataban por el contrario de ocupar el desfiladero llamado de Saint-Bonnet, que abre paso desde el valle del Durance al del Drac, afluente del Isere. Este desfiladero empieza á la salida de Gap, atraviesa una montaña elevada por la garganta nombrada de Saint-Guignes, y descende hacia Saint-Bonnet. Temiendo Napoleón ser detenido en un pasaje tan peligroso, envió hacia él su vanguardia el 6 muy de mañana, y la siguió después todo había esperado en Gap hasta el mediodía la retaguardia de su columna. El desfiladero no se hallaba defendido y pudo ir á dormir al pueblo de Corps, situado en el límite del departamento del Isere. Hasta entonces todo había salido á las mil maravillas; se encontraba en pleno Delfinado, y aun desde allí podía ya descubrir las emociones de la ciudad de Grenoble, profundamente agitada, al saber que se acercaba á ella. Si lograba apoderarse de esta ciudad, importante por su situación, sus defensas, su arsenal, su numerosa guarnición, y el valor político y moral de sus habitantes, podía considerarse casi dueño de la Francia, porque Grenoble le daría á Lyon, y Lyon le proporcionaría los medios de entrar en París. No queriendo dejar de tomar ninguna precaución, se hizo preceder del doctor Emery, que estaba en inteligencia con algunos habitantes de Grenoble y que podía disponer los ánimos de la población en favor suyo.

El despacho expedido desde Draguignán por el prefecto del Var había llegado á Grenoble el sábado 4 de marzo por la noche. Un sabio ilustre, Mr. Fourier, era entonces prefecto del Isere. El general Marchand, uno de los oficiales más estimables del Imperio, mandaba la 7.^a división militar residente en Grenoble. La noticia causó una sorpresa sumamente desagradable al prefecto y al general, porque además de lo grave que era para toda la Francia, aumentaba de gravedad para ellos por la inmensa responsabilidad que iba á pesar sobre sus cabezas. El prefecto del Var, mejor informado, les indicaba que Napoleón había debido tomar la posición de Grenoble, encaminándose por Grasse, Digne y Gap. La tempestad adelantaba, pues, é iba á estallar sobre ellos. Como suelen hacer todos los gobiernos que saben un suceso deplorable, ocultaron la noticia, lo que les proporcionaba algunas horas de calma para deliberar acerca de la conducta que debía observar. Mr. Fourier era uno de esos hombres sabios á quien molestan las agitaciones públicas, y que no piden á los gobiernos á quienes sirven, más que tranquilidad para poder consagrarse al estudio. Por tanto, hubiera deseado que la Providencia no le hubiese reservado aquella terrible prueba. Afecto á Napoleón por sus recuerdos de gloria (había formado parte de la expedición á Egipto) y á los Borbones por su amor al sosiego, no daba su preferencia á ninguna de las dos dinastías, pero se sentía predispuesto á ponerse en contra de quien se atreviese á turbar su pacífica vida. Añádase á este sentimiento un honrado deseo de cumplir su deber, y se comprenderá que decidió ser fiel á los Borbones, sin llevar por esto su adhesión hasta el extremo de convertirse en un mártir.

En cuanto al general Marchand, aunque se hallaba